

ESCUELA DE PADRES PM

Escucha: tu hija quiere hablarte

Durante cinco minutos el Profesor estuvo explicando el tema del carbón. De repente, hizo stop. Quiso comprobar hasta qué punto los alumnos estaban escuchando de verdad. Puso un test escrito, absolutamente sencillo, y luego hizo un sondeo, uno a uno, para que le repitieran, más o menos, de qué iba la explicación. Sólo un 40% logró dar ciertos detalles; un 10%, bastante bien; pero el resto, prácticamente, ni idea. «Los alumnos —dijo— no saben escuchar».

Un día, en casa, José cerró la puerta de la sala y le dijo a Marta, su mujer: «Pedro ha tenido un problema en el colegio. Se peleó con dos mequetrefes como él. Fui por allí porque me llamaron a la oficina: le arrancó a dos párvulos un enorme mechón de pelo. Si está así a los cinco años, menuda fiera nos ha salido... A mí me parece que, entre tú y tu madre, le consentis demasiado. El otro día, cuando tiró del mantel en la cena, las cosas se hubieran arreglado si le mandamos a cama, sin rechistar...»

(Marta sigue arreglando un florero, recién lleno de flores...)

«¡Marta!... ¿me oyes?... ¡no me estás escuchando!...»

Oír no es igual a escuchar

Uno de los ejercicios que se le pone a la gente cuando intenta hacer entrenamiento sobre su capacidad de «escucha-en-grupo» es situarle frente a otra persona con la que ha tenido alguna discusión en grupo sobre puntos de vista diferentes en un tema. Cada cual habla, aproximadamente, durante un minuto: el otro, que está sentado sobre una silla, enfrente, intenta repetir lo dicho por el compañero de grupo. Los restantes componentes del grupo van anotando en cada secuencia hasta qué punto el «repetidor» logra repetir lo dicho por el primero.

Los resultados son muy diversos y dependen generalmente de lo emocional del tema y, por supuesto, de la manera de ser del individuo. Existen personas que «repiten» bastante bien cuando se trata de temas intrascendentes; pero se pierden enseguida cuando se habla de cosas en las cuales tienen pareceres dispares, sobre todo si, además de dispares, son cosas que tienen que ver con actitudes personales de uno frente al otro.

Pero, donde empiezan de verdad los problemas, es cuando uno tiene que «repetir» no exactamente las palabras del otro, sino «qué quiere el otro decir con sus palabras»; esto es, se trata de adivinar qué me quiere decir el otro con lo que dice. Entonces, si es un tema en el que ambos dialogantes están implicados personalmente y han tenido discusiones acaloradas, la tarea de «repetición» del minuto anterior hablado por uno de los dos se convierte en trabajo casi imposible. Al final, alguien del grupo se convierte en valedor de los



dos y les explica, primero a uno y luego a otro, qué se están diciendo.

Y es que el «oír» es tarea no fácil, pero suele lograrse. En cambio, el «escuchar», que supone no solamente repetir las palabras del otro sino también «qué quiere decir con todo ello» es una meta a la que sólo llegan unos cuantos que no se preocupan tanto de sí mismos como de atender de verdad a lo que el otro quiere comunicarte en ese momento.

«Papá, hoy me echaron de clase» (2.º EGB)

«Si... estaba yo así haciendo unas cosas de un mapa de geografía... y Carlos me dio un codazo porque Elena le dijo que me empujara... Entonces yo le disparé así despacito el boli y le di en la cara; pero, como era rojo, le hice una rayita de nada... Pero el profe me echó a mí de clase... Y siempre lo hace... Es que a mí...»

Respuestas posibles

(por parte de los padres)

1.— *Eso de tirarle el boli, aunque no le hicieras daño, está muy mal. ¡Fíjate si se lo clavas en un ojo!... Lo que tienes que hacer, para otra vez, es decirselo al Profesor. ¡No se puede tomar uno la justicia por la mano!*

2.— *A mí me parece que lo que te pasa a ti es que te juntas en clase, precisamente, con los que más jaleo meten. No sabes estar quieto; al no estar quieto, no atiendes; al no atender, no aprendes... y luego le echas las culpas a los demás...*

3.— *No te preocupes. Ya hablaré yo con el Profesor y también con el padre de Carlos y de Elena. Mañana voy a ir al colegio y verás cómo se arregla todo.*

No llores ahora. A todos nos pasa eso alguna vez y luego se olvidan los disgustos...

4.— ¿Cómo se llama el Profesor? ¿Cuántas veces te expulsaron de clase este curso? ¿Qué le hiciste tú antes a Carlos? ¿Dónde estabas el otro día por la tarde, que tu madre fue a buscarte a la salida del cole y no te encontró?

5.— No te gusta ese profe... siempre te echa a ti de clase...

Comentario a las respuestas

¿Qué respuesta has elegido? ¿Por qué? ¿Cuál de las cinco te parece a ti más a propósito para «escuchar» qué quiere decirte tu hijo?

La 1.ª termina así: «... ¡No se puede tomar uno la justicia por la mano!...» Crees que tu hijo seguiría comunicando lo que quiere decirte? ¿Se callaría? ¿Protestaría? ¿Qué haría? ¿Lo has comprobado alguna vez?... Tú mismo, piensa, ¿qué haces cuando alguien, a quien quieres contarle algo, te da una respuesta así como ésta en la que emite juicios de valor, te dice lo que tienes que hacer, juzga lo que has hecho?

La 2.ª respuesta: Se fija, sobre todo, en decirle al hijo qué es lo que le está pasando: puede que sea cierto, pero no sabemos cómo reaccionará el hijo al recibir lo que los padres piensan. A veces, el que se adelanten a que te digan lo que te pasa, como si fueras un caso pre-estudiado, ¿qué tipo de reacción produce?, ¿te ayuda a seguirte comunicando o reaccionas un poco defendiéndote?

La 3.ª respuesta: «No te preocupes... Ya hablaré yo con el profesor...» puede que resuelva el tema de algún modo y libere al hijo de la angustia por haber sido expulsado de clase; pero, ¿le ayuda a seguirse comunicando? ¿Cuál es el problema: el simple hecho de que le han expulsado de clase? Repasa un poco las palabras con que el hijo cuenta su caso: «... Y siempre lo hace... Es que a mí...» ¿Qué quiere decir con eso... «es que a mí»? Si quieres resolverle el hecho «me han expulsado de clase», puede que echarle una mano y hablar con el profesor no le venga mal del todo. Pero, si quieres escucharle, es probable que, detrás de «es que a mí» se esconde algo que él quizá, en este momento, quiera comunicarte. ¿Arreglas la comunicación diciendo «no te preocupes... y hablaré con el Profesor»?

La 4.ª respuesta suele ser muy común: enseguida queremos saber qué pasó, quién fue, dónde estaba, qué hi-



zo, en qué va a parar todo. Y se trata, sin duda, de detalles interesantes que a nosotros nos interesan. ¿Pero es de verdad lo que el hijo quiere comunicarte? Tú quieres remediar la situación; pero ahora se trata de saber «qué tal escuchas» y no tanto cómo sabes arreglar problemas, buscando causas, averiguando motivos y siguiendo la pista de la conducta del hijo, por interesante que esto sea para otras ocasiones. En este sentido de lograr una «escucha», ¿es útil este tipo de respuesta? Compruébalo tú mismo cuando quieres contar algo a alguien y el otro comienza a hacerte preguntas de cosas que a él le interesan.

—**La 5.ª respuesta:** Recuerda, una vez más, cómo terminaba el angustiado hijo su relato diciendo que «el profe me echó a mí de clase... y siempre lo hace... es que a mí...» Si de verdad quieres seguir escuchando, ¿qué es lo más importante?: «me echó a mí de clase...» o... «es que a mí...» Uno, si es lógico, seguramente se preguntará qué quiere decir el hijo con eso de «es que a mí...». Algo hay más importante que el hecho de que le ha expulsado de clase: el sentimiento que él tiene de sí mismo, algo que le está pasando continuamente y que le hace decir «es que a mí...». Lo interesante, en este momento, es escuchar qué le pasa; sabiendo esto, tal vez entendamos por qué le han expulsado de clase. Y, en definitiva, parece ser que se trata precisamente de lo que él quiere comunicarnos. Lo de «me han expulsado de clase» lo dijo rápidamente, sin titubeos, ahí está.

Lo otro «es que a mí...», lo dice al final, casi sin atreverse a formularlo. Hace un tanteo, a ver si le queremos escuchar, a ver cómo reaccionamos ante su frase a medio empezar. Una respuesta tal como la n.º 5: «no te gusta ese profe... siempre te echa a ti las culpas...» puede indicarle al niño que de verdad le queremos escuchar.



Padres, «jueces a la escucha»

Oyen, reconocen las palabras del hijo; incluso saben «escuchar» qué le quiere decir. Pero tienen una prisa enorme en responder como «jueces» ante lo que el niño les dice. Llenos de sabiduría, e incluso llenos de buena voluntad, se adelantan con enorme velocidad a pronunciar su sentencia sobre lo que pasa; indican enseguida si está bien o mal lo que el niño ha hecho y le señalan, con el mejor de los fervores, el buen camino a seguir. Si el hijo no replica y acepta, la conversación ahí se queda; si chilla o se revuelve contra el juicio, se le aplica el grito, la amenaza o la ironía. Pero la sentencia queda hecha: «en adelante ya sabes lo que tienes que hacer». Valoran, juzgan, sentencian; a veces aciertan, pero no facilitan el que el hijo se les comunique porque, más que «escuchado», se siente enseguida juzgado.



Padres, «adivinos»

Apenas el hijo comienza a hablar, ya saben de qué va la cosa: «a ti lo que te pasa es...» Y, a veces, aciertan; pero no escuchan. El hijo lo nota enseguida: «Ya mis padres están pensando que...» Y comienza entonces una serie de defensas: «Es que yo... lo que me pasa a mí es que...». No se atreven a decir lo que sienten, porque no se ven considerados como casos reales, distintos. Cuando una persona se ve como el capítulo escrito de cualquier libro y le dicen eso de «ah, sí: a ti te pasa como al amigo que...», «eso es propio de la edad en que vives...» y otras frases hechas y repetidas, esa persona se siente del montón y ve que no interesa como tal. Adivinan, diagnostican, profetizan, interpretan. Pero el hijo nota que no le están escuchando a él, sino a sus propias sabidurías y pasan por su propio filtro de adulto lo que el hijo les está diciendo: se auto-oyen más a sí mismos, al reflejo y eco que producen las palabras de su hijo, comparándolas con lo que ellos ya saben, que a lo que el hijo les quiere comunicar.



Padres, «analgésicos»

Muy sensibles. Enseguida se disponen a poner, de su parte, un remedio urgente al asunto. Se compadecen enseguida: los gestos, las palabras, el tono de la voz. Son, desde luego, los que más sufren en su propia carne lo que a los hijos les pasa. Se enternecen. Es como si el castigo o el problema que le pasa al hijo les sucediera a ellos mismos. Por eso enseguida se envalentonan e intentan resolverlo en persona, por demostrar aún más el cariño que les profesan, lo pequeños que son y la ayuda que necesitan. Enseguida afirman: «no te preocupes... nada... no me digas más... yo me encargaré del asunto... a mí también me pasó una vez cuando era niño...», haciendo con ello una transferencia de sentimientos entre ambos. El hijo, por su parte, lo que buscaba en el caso era que los padres le «escucharan»; pero ellos, tan afectivos, se pasan: «nada, no me digas más... yo me encargo...» Y, claro, el niño no dice

más. El parche está puesto, el dolor se va, de momento. Analgésicos, tranquilizadores, posesivos, afectivos, ultrasensibles, paternalistas.



Padres, «investigadores»

El hijo, que quería de verdad contarles algo, se ve enseguida «investigado» con preguntas que van más allá de lo que él pretendía decirles: «¿Y dónde estabas tú?», «¿Qué hacíais allí a esa hora?», «¿Cuántas veces te pasó eso con ese profesor, precisamente?». Son todas preguntas que quizá ayudan a los padres a saber más sobre el tema. Pero el hijo, en este momento, no pretende contarles eso. Y lo que se trata aquí es de «escuchar» y no de «adivinar», lo cual puede ser interesante en otra ocasión. En realidad, el miedo a ser preguntado más allá de lo que uno trata de comunicar hace que uno no intente comunicar siquiera lo que necesita y tiene ganas de decir. Los padres «investigadores» no conectan con el hilo de lo que trata de comunicar el hijo: se van por otras pistas, a veces ciertas, para averiguar de qué va el tema, cuáles son las causas; pero no escuchan, investigan. Suenan a policías, inquisidores, rastreadores, husmeadores, examinadores, exploradores; pero no saben sentarse a escuchar, sencillamente.



Padres, «receptores»

Reciben bien el mensaje. Evitan, por su parte, toda posible interferencia. Saben muy bien que si mueven levemente el dial del receptor hacia la izquierda o hacia la derecha, enseguida se mezclan con emisoras propias que, en vez de escuchar, emiten «sentencias», «adivinan», «alivian», «investigan». En realidad, estos padres se han aprendido muy bien eso de que, cuando se trata de «escuchar», lo que hay que ser, ante todo, es «receptor» y, si se mezcla lo que se oye con lo que a uno le gustaría decir, se producen tales ruidos que no te enteras ni de una cosa ni de otra. Claro está que, en la vida, existen ade-

más matices en la recepción: lo puedes hacer con «onda corta», a larga distancia con «onda media», con frecuencia «modulada» y con sonido «estereofónico», escuchando de verdad con ambos oídos. Los padres «receptores» creen que, de vez en cuando, en la vida, lo que hay que hacer es «escuchar». Seguramente, muchas veces, además de escuchar, habrá que hacer muchas cosas: juzgar, aconsejar, calmar, investigar, preguntar, etc. Pero, a veces, muchas veces, el escuchar basta; sobre todo, cuando el hijo es precisamente lo que busca: ser escuchado. ¿Se lo vamos a negar?

ACTIVIDADES (para la Escuela de Padres)

1.— *Haced prácticas, presentando cada persona un pequeño caso o situación familiar en la que el hijo quiere contarle algo a sus padres o a uno de ellos. Por ejemplo: «Mamá, yo no vuelvo a casa de Chita. Es aburridísima. No sabemos qué hacer. Siempre tenemos que jugar como ella quiere... Claro, como sois amigos de sus padres, yo tengo que aguantar con todo lo que se le ocurre a Chita... ¿Por qué no vais vosotros a su casa y a mí me dejáis con Javier?... A él siempre... y a mí... claro, como soy la más pequeña... Pero, cuando Javier tenía 8 años, como yo ahora, sus padres ya le dejaban ir a casa de sus amigos... y ellos se iban a comer por ahí con otros... Y, además, a mí me dijeron que, a lo mejor, Javier se va este año a un campamento...»*

2.— *Buscad, por binas en el grupo, «cinco respuestas para cinco padres: «jueces / adivinos / analgésicos / investigadores / receptores», repitiendo el ejercicio con otros casos diferentes.*

3.— *¿Hasta qué punto creéis que, en ciertas ocasiones, trae buenos resultados, el «escuchar a un hijo», sin más, simplemente «escucharle»? ¿Creéis que eso es eficaz o no? (Seguiremos en un próximo artículo con este tema).*